

## Cuando la ciudad parte de una matriz teórica

Luis Moya

**M**adrid en el siglo XIX era una ciudad convulsa social y espacialmente<sup>1</sup>. El urbanismo es el más fiel reflejo de la sociedad que lo habita. La nueva burguesía de un país que no ha tenido ni una revolución violenta ni industrial, necesitó sin embargo reflejarse en sus edificios y espacios libres

públicos. Pero al mismo tiempo, esta misma sociedad era muy consciente de que la ciudad podía ser un negocio lucrativo si se elegían los instrumentos adecuados. El primer paso fue la desamortización que se produce entre 1836 y 1855; prácticamente la mitad de los bienes inmuebles de Madrid

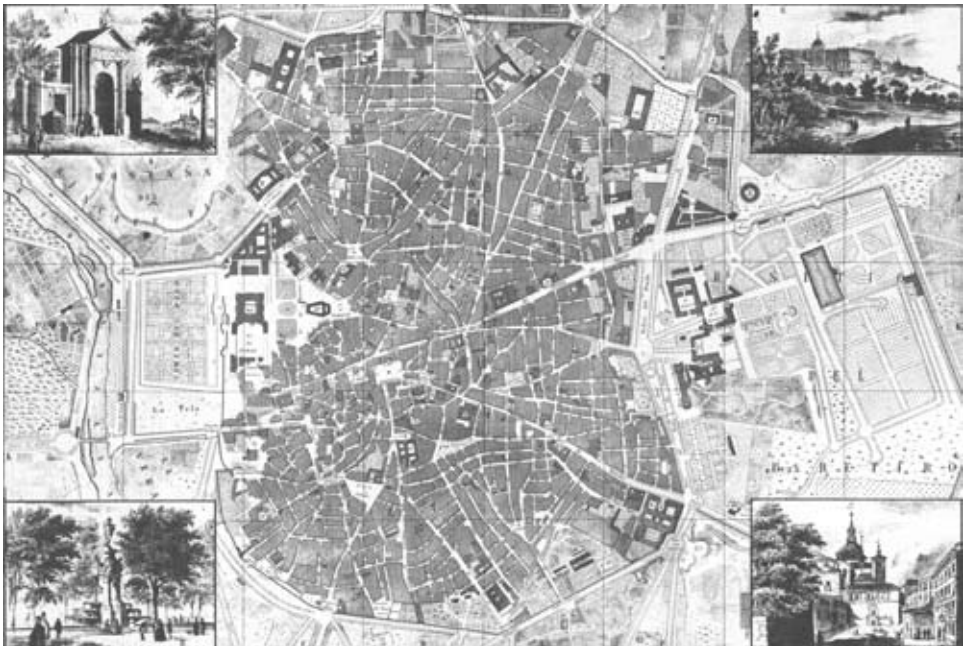


Figura 1. Plano de Madrid en 1849. Apretado tejido urbano con edificios y establecimientos principales, religiosos, civiles y militares. Procedencia: Museo de Historia de Madrid.



Figura 2. Ramón de Mesonero Romanos, Carlos María de Castro, Ángel Fernández de los Ríos y Arturo Soria. Cuatro urbanistas de tendencias teóricas diferentes.

pertenecían a la Iglesia, fuera clero regular o clero secular, pero además existía un gran patrimonio en alquiler para todo tipo de

usos, especialmente de vivienda. Por tanto no debe sorprender ni es un síntoma de radical anticlericalismo el hecho de que se destruyeran muchos conventos e iglesias para esponjar el tejido con nuevas plazas, calles y espacios verdes, y para construir o acondicionar edificios para nuevos equipamientos como hospitales, escuelas,

<sup>1</sup> Moya, L, «El desarrollo espacial de Madrid hasta 1857», en *Cartografía básica de la ciudad de Madrid*, Madrid: COAM, 1979.

centros universitarios, cuarteles y muchos más, acordes con la nueva organización social. Por mencionar algunas plazas, Tirso Molina, Vázquez de Mella, Santa Bárbara, proceden de la demolición respectivamente de los Mercedarios Calzados, los Capuchinos de la Paciencia y Santa Bárbara, edificios como las Cortes, el mercado de San Miguel, y la universidad de San Bernardo proceden de nuevas construcciones o reformas donde se encontraban los conventos de Santa Catalina y San Miguel, y el acondicionamiento del Noviciado de los Jesuitas para el caso de la universidad, que había sido trasladada desde Alcalá de Henares en 1836.

El primer debate surge entre el grupo de responsables y técnicos partidarios de reestructurar la ciudad existente, precisamente aprovechando las posibilidades que brindaba la desamortización, y el grupo de los que opinaban que había que construir una nueva ciudad a continuación de la antigua. Desde el punto de vista económico la lucha se centraba fundamentalmente entre propietarios del centro o de la periferia. Desde el punto de vista teórico, los partidarios de la higiene y la movilidad consideraban que el confort solo se podría alcanzar con un Ensanche, y como la mentalidad burguesa se apoyaba en la claridad y la precisión, la cuadrícula era la mejor fórmula geométrica.

El representante más cualificado de la regeneración de la ciudad existente fue

Mesonero Romanos, y del Ensanche evidentemente fue el autor del mismo en Madrid, Castro. Pero había una tercera postura teórica que podemos adjudicar a Ángel Fernández de los Ríos y que por su eclecticismo y pragmatismo probablemente hubiera resultado la mejor, es decir, intervenir en el tejido existente pero ampliarlo en su perímetro con sus propias leyes de formación sin solución de continuidad.

Ramón de Mesonero Romanos era periodista, escritor y fue concejal de tendencia conservadora en 1846 del Ayuntamiento de Madrid<sup>2</sup>. A él se deben escritos que inician el género costumbrista. Planteó reformas que fueron llevadas a cabo, como la del barrio de la calle de Barquillo donde se ubicaban los «chisperos» (herrereros), la Plaza Mayor, y la construcción del mercado de la Cebada, entre otros. Carlos María de Castro era funcionario, de profesión arquitecto y sobre todo ingeniero de caminos. Esta última profesión agrupada en la Junta Consultiva de Caminos del Ministerio de Fomento, defendía precisamente los Ensanches como mejor manera de crecer las ciudades, pues la vialidad ortogonal era la base sobre la que construir un tejido con sus mayores virtudes. Su modelo fue el Ensanche de Barcelona consecuencia de su admiración teórica por el también ingeniero de caminos Ildefonso

---

<sup>2</sup> En edición facsímil *El antiguo Madrid*, Agustín Criado, 1981.

Cerdá. Ángel Fernández de los Ríos era periodista y escritor, como Mesonero, pero en su polo opuesto ideológicamente, pues era progresista, afrancesado y anticlerical; fue concejal de Madrid tras la revolución de 1868 «La Gloriosa» y a pesar de la brevedad en el cargo consiguió obras trascendentes para Madrid como abatir la tapia de la ciudad, abrir el Retiro a los madrileños, el viaducto de la calle Bailén o la plaza del 2 de Mayo, entre otras. Pero además dejó escrito un magnífico libro para reformar Madrid titulado *El futuro Madrid* que es una excelente referencia para conocer la ciudad, debido a lo detallado de sus descripciones, y al mismo tiempo es un análisis crítico de la sociedad que le tocó vivir desde una visión positiva y propositiva<sup>3</sup>.

Madrid antes de las reformas y ensanche del siglo XIX era una ciudad congestionada y agobiada dentro de la cerca levantada por Felipe IV en 1625. Las monarquías absolutas habían construido sus residencias sociales en La Florida, El Pardo, el Buen Retiro, además de las exteriores como Aranjuez, El Escorial, La Granja, y la aristocracia se había situado en determinadas vías como el

<sup>3</sup> La edición de Libros de la Frontera de 1975 del libro *El futuro Madrid* tiene una excelente introducción de Antonio Bonet Correa. Para una lectura rápida se puede ver el artículo del que estas líneas suscribe en el libro *Madrid no construido* titulado «La utopía de Fernández de los Ríos», Madrid: COAM, 1986.

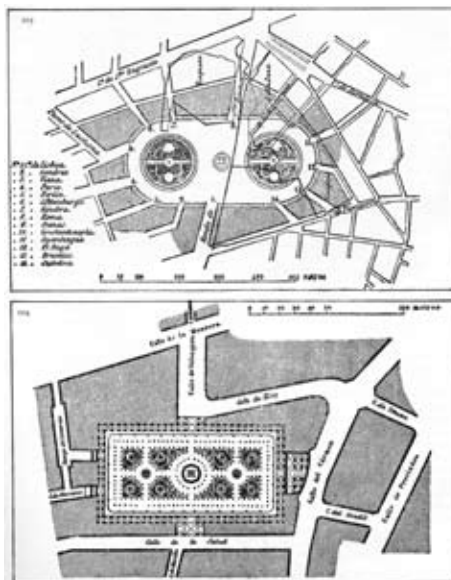


Figura 3. Proyectos de Ángel Fernández de los Ríos. Plaza de Europa y plaza de Colón, con las funciones de airear la ciudad espacial y culturalmente.

paseo del Prado, San Bernardo, Alcalá, la Carrera de San Jerónimo, y en proximidad al Palacio Real. Pero ningún poderoso había prestado suficiente atención a la ciudad dejando el caserío normal, sus calles y plazas a promotores y constructores con miras en el beneficio inmediato. Quizá debemos achacarlo a nuestro pasado árabe cuyas ciudades, a diferencia de lo que ocurre en Francia o Italia, son fruto de la adición parcela a parcela, en gran contraste con los edificios representativos y singulares. Las parcelas que todavía en el Plano de Pedro Texeira de 1656 tenían una o dos alturas, se van sustituyendo por edificios de cinco a siete alturas, con lo cual el vaso de la calle queda desproporcionadamente estrecho para recibir aire y luz, y las actividades lo congestionan. La reforma, pues, era imprescindible para una sociedad que se pretendía racional. Frente a una visión parcial de Mesonero, Fernández de los Ríos



Figura 4. Proyecto de ensanche de Carlos María de Castro, 1860. En oscuro quedan los barrios que en el plano de 1863 se integran en la propuesta definitiva.

propone una reforma global con un método que ya se había aplicado en la Roma de Sixto V para convertir la ciudad sagrada pero medieval en una ciudad procesional y representativa. Dicho método, origen de las reformas barrocas, consiste en abrir plazas con edificios representativos y grandes ejes que los unen. En el caso de Roma eran iglesias, en el caso de la reforma de Fernández de los Ríos, edificios cívicos. Pero además este último proponía ampliaciones en continuación de los grandes ejes de forma orgánica.

El Ensanche de Castro de 1860, por una parte propone una nueva ciudad completa en sus elementos y bien distribuidos en sus



Figura 5. Calle Velázquez en su encuentro con Ortega y Gasset en 1926. Imagen de un tejido rico de elementos y proporcionado en sus volúmenes.

equipamientos y servicios, pero no tiene en cuenta ni la ciudad preexistente, ni la ciudad futura<sup>4</sup>. Estas son las principales críticas que se le hacen: falta de conexión con el tejido antiguo y una calle perimetral con foso que impide su fácil continuación, como de hecho ocurrió. Pues hasta la Guerra Civil Madrid creció más en el extrarradio, donde el valor del suelo era menor, que en el propio Ensanche. Sin embargo el modelo haussmanniano de Fernández de los Ríos tenía un componente territorial al considerar vinculaciones con los pueblos del entorno de Madrid.

El Ensanche de Castro no es monótono, como tantas veces se ha criticado. A cada barrio le imprime un carácter y permite una

<sup>4</sup> *Plan Castro*, Madrid: COAM, 1978. Acompaña un exhaustivo «Estudio preliminar» de Antonio Bonet Correa.

variedad tipológica que ya deseaba la ciudad de los polígonos del siglo xx. Evidentemente es clasista en cuanto que la Castellana estaba pensada para la aristocracia y alta burguesía, Salamanca y Argüelles para la burguesía media, y el Este, detrás del Retiro, para el proletariado, pero la fuerza de los hechos positivos ha conseguido una mezcla no destruida en parte hasta muy recientemente. También la fuerza de los hechos negativos ha desvirtuado muchas de las buenas decisiones originales en cuanto a la relación que Castro deseaba del 50% del espacio libre con respecto al ocupado por la edificación, o las tres alturas de límite máximo, o los parques que luego fueron mermados. La primera transformación la firmó el propio Castro en el segundo plano que elaboró, definitivamente aprobado dos años después del primero. Sin embargo la integración de los barrios de Chamberí y Yserías a la que fue obligado por los propietarios de los mismos rompió la rigidez de la trama hipodámica, asumiendo la existencia de antiguos ejes muy representativos para la ciudad. En este segundo plano aparecen también los barrios de Alfonso XII y Argüelles, nuevo enlace de ferrocarriles, nuevo perímetro de ronda salvando la propiedad Real de La Florida, y supresión de huertos al Sur, entre otros cambios. La segunda transformación con pérdida evidente de calidad fue durante el mandato de Cánovas del Castillo, con el Decreto Real de 1864, en el que se plegó excesivamente a las pretensiones de los propietarios y constructores que ya veían el gran negocio que procuraba una mayor



Figura 6. Dibujo de Sancha sobre la construcción en 1920 del paseo de Ronda del Ensanche .

edificabilidad. Aun con todo el Ensanche tiene barrios de gran riqueza y complejidad, y solo actualmente la presión del valor del suelo está provocando una terciarización que en algunos, como Salamanca, hacen perder las cualidades que siempre han tenido.

La discusión entre los partidarios del Ensanche geométrico y aquellos que propugnaban un crecimiento más orgánico, y que tuviera en cuenta la topografía del terreno como elemento trascendente a la hora de decidir la ordenación, entronca con el debate europeo de los que confiaban en la industria como proceso racionalizador y aquellos que reivindicaban la artesanía en relación con el arte. Esta última corriente, que tiene su formulación más clara en arquitectura de la mano de Ruskin y Morris en Inglaterra, permanecerá hasta nuestros días, especialmente en la Europa septentrional, y realmente es la que más influye en el urbanismo madrileño del siglo xx, pues es sustrato del planeamiento





Figura 7. Ciudad Lineal. Tramo construido del proyecto de una ciudad-anillo.

basado en la ciudad central y los núcleos satélites, y más tarde en el policentrismo.

Pero la gran figura teórica del urbanismo madrileño del siglo XIX es Arturo Soria, otro personaje perteneciente a esa casta de hombres que se forjan luchando con la adversidad, y defienden sus ideas hasta el final. Soria vuelve a ser, como Mesonero Romanos o Fernández de los Ríos, alguien que no tiene que ver con la Arquitectura o el Urbanismo pero que piensa que la sociedad puede mejorar en un espacio diferente, algo de lo que Engels ya había desistido a mitad de siglo. Arturo Soria, entre otras cosas, aporta una visión territorial para evitar la especulación del precio del suelo por proximidad, según las teorías clásicas de David Ricardo (1817) y Stuart Mill (1848) aplicadas al medio urbano. El



Figura 8. Ciudad Lineal. Sección de la calle central con el transporte público a mitad de precio que en el resto de la ciudad.

crecimiento de las ciudades, según una línea y con un transporte público eficaz, rápido y gratuito, eliminaba las diferencias del valor del suelo. Se aplica el auténtico principio de ruralizar la ciudad y urbanizar el campo, probablemente influido por F. L. Olmsted, estudioso y proyectista del paisaje en Estados Unidos<sup>5</sup>, a diferencia de otras teorías que como mucho conciben la metropolización de la ciudad. Esta teoría la formula en 1886 pero no encuentra a lo largo de su vida apoyos institucionales que ejecuten su idea. Por ello abandona el nivel territorial, que planteaba ciudades lineales de Lisboa a San Petersburgo, para limitarse al nivel urbano. Funda la Compañía Madrileña de Urbanización y con su propio capital y el de sus seguidores, construye los 5,2 km de la actual Ciudad Lineal de Madrid, uno de los barrios más bellos a pesar de sus deformaciones por motivos similares a los del Ensanche. Soria ha ejercido una gran

<sup>5</sup> Tema desarrollado por Carlos Sambricio en la introducción al libro *La Cité linéaire d'Arturo Soria*, París: Centre d'Études et de Recherches Architecturales, 1979.

influencia a lo largo del siglo xx en España, y todavía más en el extranjero. Un ejemplo paradigmático es el proyecto de Nikolai Milutin para Stalingrado.

Hoy día es difícil averiguar cuál es la matriz teórica que inspira la toma de grandes decisiones sobre la ordenación de Madrid. Probablemente la complejidad económica y social no permite lógicamente apostar por una teoría general, pero también debemos reconocer que las decisiones parciales que se toman no permiten tampoco construir la ciudad con el carácter de otros tiempos o de otros lugares. El planeamiento general atiende más a cuestiones de gestión y economía que espaciales, alejándose por tanto de cualquier intento estructural y morfológico unitario. Debemos aprender

de la historia sin reproducirla: las ciudades tienen una vocación que manifiestan con su biografía, y esta debe dictarnos una forma de actuar coherente. Madrid además de ser la capital de España es un lugar de encuentro de culturas y pensamiento espontáneos. A los urbanistas nos incumbe crear el marco apropiado y creo que en este momento no se trata tanto de actuaciones singulares y espectaculares como de acondicionar los espacios cotidianos, mejorar las infraestructuras y equilibrar los usos aunque cada barrio pueda tener una especialidad atractiva para los demás. Dentro de estos objetivos estaría la recuperación de las áreas históricas, incluso las más recientes, que son las que nos imprimen personalidad y reflejan el pensamiento urbanístico que les da origen.